

TALLER: EDUCAR PERSONALIDADES LIBRES

«Tenemos que ser personalidades libres. Dios no quiere esclavos de galera, quiere remeros libres. Poco importa que otros se arrastren ante sus superiores, les laman sus zapatos y agradecen si se les pisotea. Nosotros, empero, tenemos conciencia de nuestra dignidad y de nuestros derechos. Sometemos nuestra voluntad ante los superiores no por temor o coacción, sino porque libremente lo queremos, porque cada acto racional de sumisión nos hace interiormente libres e independientes» (Acta de Prefundación: 27 de octubre de 1912)

1. El hombre como ser libre

Dios crea al hombre como una persona para que con conciencia de sí mismo, sea capaz de ser sujeto de su historia. El ser persona le entrega al hombre un grado de posesión de sí mismo y una capacidad de disponer de lo propio, de determinar su camino. Éste es el lugar de su libertad. El hombre está llamado a desarrollarse como protagonista de su propio destino. La libertad de la persona humana consiste entonces en primer lugar en esta capacidad del hombre de asumir su propia vida.

Al crear al hombre como persona, Dios lo hace capaz de establecer relaciones personales en las cuales todo su ser entra en contacto con el ser de otros. La persona humana posee esencialmente esa capacidad de comunicarse. La relación con otros alcanza su plenitud en la gestación de un vínculo de amor.

Dios ha hecho al hombre libre, es decir capaz de asumir su propia vida y de disponer de sí mismo, para que pueda donarse. Sólo quien se posee, puede regalarse. La libertad es la necesaria condición del amor. Sólo en el amor la libertad encuentra sentido.

2. La libertad como tarea personal

El fortalecimiento de la interioridad de la persona y de su capacidad de constituirse en portador de su existencia es la primera tarea. En el transcurso de nuestra vida la existencia de una interioridad vigorosa no está garantizada, el miedo (o la renuncia) a la libertad y la presión del medio ambiente son amenazas permanentes, he aquí el primer desafío para el que el silencio y la oración son armas indispensables.

Un adecuado conocimiento de la propia persona, de sus talentos y límites, del proyecto que ella encierra y la misión que ha recibido, es el fundamento para la valoración de sí mismo, para la aceptación y el desarrollo de la propia forma de ser. Poseerse a sí mismo implica asumir la propia existencia. El sentido de la vida es, en último término, conocer los dones que Dios le ha dado a cada uno, desarrollarlos y aprender a compartirlos en el amor. La libertad es la capacidad de actuar lúcida y positivamente sobre mi propia vida para conducirla a esa plenitud de amor que es mía, original e irrepetible.

La superación de la actitud egoísta es el tercer desafío, la educación de la libertad para evitar que la personalidad fuerte y libre se cierre en si misma y no se abra a las relaciones personales, que se posea para retenerse en lugar de poseerse para donarse. La meta es el hombre libre capaz de amar y creador de vínculos personales.

Libertad en cuanto sea posible, obligaciones las mínimas necesarias y sobre todo cultivo del espíritu, entendiendo por esto la necesaria educación al correcto uso de la libertad.

3. La dimensión social o comunitaria

La libertad es esencialmente comunitaria porque su sentido es el amor. La libertad entendida como libertad de las personas necesita la existencia de una comunidad que la permita, la fomente, la asegure y la oriente. Si ésta no existe, la libre determinación del individuo puede seguir existiendo en un cierto grado, pero se hace paulatinamente inoperante, impotente e infecunda. La atmósfera comunitaria, además, es clave en la educación de esa libertad hacia el amor y los vínculos. En ello juega un rol esencial el trabajo con ideales y con corrientes de vida, así como con todos los medios pedagógicos adecuados a ese fin.

4. La realización de la libertad

Podemos acentuar dos aspectos: el amor como condición de la libertad y la capacidad de realizar las decisiones tomadas libremente. La libertad crece en cada hombre a través de la experiencia de ser amado. En realidad, el amor no es sólo el sentido de la libertad sino también la condición de su desarrollo. El amor que recibimos nos hace fuertes para aceptar nuestra existencia con alegría, para valorar nuestra originalidad y para atrevernos a desarrollar todas nuestras potencialidades generando vínculos de amor estables. El vínculo filial, es decir esa relación personal a un padre, madre o autoridad que transmite al hijo la experiencia de ser amado sin condiciones, es constituyente de la personalidad y fundamento de su capacidad de amar. Esto vale en primer lugar para la experiencia frente a toda autoridad humana y se satisface plenamente en el encuentro filial con Dios.

En los actos libres que manifiestan día a día la libertad individual, se pueden distinguir dos aspectos propios de esa libertad. Lo primario en la realización de la libertad es la capacidad de decidirse y lo secundario (aunque también esencial) es la capacidad de realizar lo decidido. A menudo la debilidad se encuentra en el segundo aspecto. Decisiones que emergen de la profundidad del sujeto y que están orientadas a la donación de su persona en el amor, no logran llegar a ser realidad. Se trata de ocasiones en que la persona quiere pero no puede hacer algo. Sustancial resulta entonces buscar caminos para ayudar a la realización de las decisiones. En esto, como en todo este tema, tiene un lugar central la educación de la voluntad.

5. Dios y nuestra libertad

Dios nos ha creado libres para que la libertad se convierta en el camino del amor, es decir para que crezcamos como hombres libres hacia la plena y madura experiencia del amor. En Cristo nos ha regalado una participación nueva en la libre plenitud de su propio amor divino. Dios mismo viene a nosotros para hacernos libres como Él y capaces de amar con su Amor. Podemos reconocer claramente en la libertad humana una capacidad del hombre para asociarse con Dios. El ser humano posee la fuerza para reconocer el querer de Dios y constituirse en su aliado. Dios ha regalado al hombre la libertad como una invitación a participar en la conducción de la propia historia y la historia de la humanidad¹.

¹ Extractado de una charla del P. Mario Romero (1998).